

PASEOS POR UNA PEQUEÑA CIUDAD: LOS RELATOS COTIDIANOS DEL PATRIMONIO HISTÓRICO ARQUITECTÓNICO DE ALAJUELA

Celia Barrantes Jiménez*

RESUMEN

En este artículo tratamos el patrimonio histórico arquitectónico de la ciudad de Alajuela como esa manifestación material que transmite un pensamiento, pero que no se vale solo de su exposición física, sino de las artes de la cotidianidad de quienes conviven con los espacios y edificios continuamente, y con ello, construyen un imaginario sobre lo que puede ser patrimonial.

Palabras claves: patrimonio histórico arquitectónico, Alajuela, identidad, ciudad.

ABSTRACT

In this article we deal with historic and architectural heritage in the city of Alajuela as the expression that transmits a thought through its physical exposure and the social imaginary of what makes it a patrimony.

Keywords: historic and architectural heritage, stories, Alajuela.

Introducción

El presente artículo busca recuperar algunas de las ideas desarrolladas para el trabajo final de graduación Usos y percepciones culturales del patrimonio histórico arquitectónico de la ciudad de Alajuela, presentado por la autora en el año 2008.

Se pretende observar cómo el relato

de la historia cotidiana del sujeto se introduce en el imaginario para crear valor sobre los espacios, de manera que no es únicamente el discurso histórico oficializado el que permanece en el discurso que construye comunidad y valor patrimonial.

Las ciudades se han convertido a lo largo de los años en grandes sistemas que acumulan todo tipo de relaciones espacia-

* Celia Barrantes Jiménez. Costarricense. Licenciada en Antropología Social y candidata a Maestría en Diseño Urbano de la Escuela de Arquitectura, Universidad de Costa Rica. Consultora independiente. Correo electrónico: b.celia@gmail.com

les, físicas, comerciales, sociales, culturales, económicas, entre otras. A su vez, forman nodos con otros centros urbanos y lugares, haciendo más compleja aún su comprensión. Cada concentración urbana presenta problemáticas distintas, acompañadas casi siempre de grandes contradicciones. Sin embargo, en su medio se han desarrollado también a lo largo del tiempo circuitos que dan lugar a expresiones y prácticas de la cultura que vislumbran la posibilidad de hacer de estos lugares el origen de nuevas estrategias de vida en la ciudad, reconstruyendo símbolos e identidades en la contemporaneidad.

Así, las ciudades pueden ser reconstruidas por los sujetos como aquellos lugares vitales, no sólo como centros de estructuración económica y política, sino como territorios de interacción comunal significativos para la reproducción de las identidades locales.

Tomamos en consideración la ciudad de Alajuela porque se ha convertido en los últimos años en un centro que forma parte del desarrollo regional de la Gran Área Metropolitana, lo que le amerita una serie de problemáticas como lo son la movilización demográfica hacia la periferia, la concentración del comercio, las ventas ambulantes, la suciedad y el hacinamiento, entre otros, que han llegado a desequilibrar la dinámica urbana y la posibilidad de relacionarnos de forma horizontal, con los espacios y con los otros.

En dicha ciudad, encontramos estructuras arquitectónicas que reciben hoy la protección del Estado a través de la Ley 7555 de Patrimonio Histórico Arquitectónico, y otras que, sin estar protegidas, forman un Centro Histórico, reflejo de distintas épocas de la vida de la ciudad.

De ahí que nos resulte importante con-

siderar estas características para analizar cómo las/los alajuelenses valoran los bienes declarados patrimoniales y otros que puedan resultar de interés patrimonial para la comunidad, en virtud de observar la dinámica cultural que surge alrededor de éstos y la importancia que pueden tener en la construcción de sentidos en la comunidad.

A continuación presentamos aquellos relatos de la cotidianidad sobre algunos lugares de la ciudad de Alajuela que viven en la memoria de las/los alajuelenses, de manera que podamos observar aquellas historias que realmente viven en los sujetos, y los espacios importantes donde esta memoria se reproduce en virtud del valor patrimonial.

Los Relatos del Patrimonio: Experiencia cotidiana

Los relatos de la vida en la ciudad de Alajuela son variados, con el tiempo se reproducen de boca en boca, y en esos momentos se transforman también. Y cuando se refieren a los espacios que ya no existen, se mantienen “historias” que dan razón de la vida que permanece en el imaginario.

Buscamos explorar a través de estos relatos la dinámica de una ciudad, esa que se vive en el presente, así sea cuando recordamos un pasado o exploramos las posibilidades del futuro, o bien cuando indagamos en las relaciones que establecemos desde los espacios no sólo creando sentidos, sino incluso dando sentido a nuestra subjetividad.

Esta es una construcción de los distintos relatos de la cotidianidad de la ciudad que fueron recopilados a través de entrevistas a profundidad, a través de un acercamiento antropológico donde tomamos

parte de la experiencia de la ciudad y, específicamente, de los espacios que sirven como referente para la reproducción de la identidad de las/los alajuelenses en la ciudad.

Historia del Otro es el relato de lo cotidiano

Ahora buscamos realizar un acercamiento a esta historia del Otro cercano, que no sería sino los relatos sobre tiempos y lugares que nos ofrecen los sujetos que interactúan con la ciudad de Alajuela. Éste lo haremos básicamente bajo la dirección conceptual de Michel De Certeau (1925-1986) y Marc Augé (1935).

Procuraremos rescatar desde el texto *The Practice of Everyday Life* (1984) de Michel De Certeau el rastro de las creaciones anónimas producidas por los relatos que coexisten con aquella historia enunciada desde la institucionalidad.

De acuerdo con el autor, necesitamos encontrar la pluralidad de esquemas de acción social que permitan observar las combinaciones operativas que den razón de la cultura, sin reducir por esto el análisis a las acciones individuales.

Todos los seres humanos somos consumidores, en la medida en que permitimos que se nos impongan formas de uso sobre productos finales, materiales, a través de las acciones comunicativas de los sistemas de producción (televisión, comercio, urbanismo...). De esta forma dejamos de ser usuarios/as, agentes, actores... para convertirnos en consumidores.

Así, la arquitectura como tal, como producto material de un comercio inmobiliario o como propuesta de ordenamiento urbano, es también un lugar desde donde operan los consumidores, ya que a través de ella se nos imponen discursos (p.ej. mercado libre, comportamiento cívico-urbano) o ideologías; pero si colocamos a los sujetos de acción únicamente en esta relación enunciativa de emisor – recep-

tor, estaríamos reduciéndolos al discurso de los autores de dichos procesos comunicativos.

Esto implicaría anular a los sujetos, convertirlos en objetos, tal y como se hace con la realidad, que están dados. Sin embargo, dentro de esa supuesta neutralidad el sujeto produce también, tiene modos de utilizar y re-empLEAR los productos impuestos (Litmanovich, 1997).

Por esto, De Certeau espera que se privilegie en la ciencia social aquellas prácticas en donde los sujetos vuelven a organizar, así sea solapadamente, los espacios que fueron producidos bajo normas sociales o legales, que fortalecen los mecanismos de funcionamiento del poder. En estas prácticas están lo que él llama las “artes de hacer”, los modos de uso, y las combinaciones de uso, tanto de los productos del sistema comunicativo como de la comunicación misma.

La cultura va a ser justamente el canal desde donde los sujetos habilitan, relegan o dominan estas fuerzas en tensión. Lo que procuramos comprender son las trayectorias por las cuales la cultura nos muestra estas tensiones y fracturas de la realidad, entre los lenguajes preestablecidos (*estrategias*) y los lenguajes en movimiento (*tácticas*).

El acercamiento desde las ciencias sociales a tales lenguajes debe hacerse desde lo que él llama “el hombre ordinario”, entendiendo lo ordinario como lo cotidiano. Es aquel que se desenvuelve en un espacio anónimo para ese lenguaje oficializado de los sistemas de producción, incluyendo también el lenguaje filosófico y científico. En ese espacio observamos hechos, no verdades.

No significa que el “hombre ordinario” no formalice algunas prácticas, esto es, que actúe de acuerdo con los parámetros socialmente esperados sobre un lugar. Esta acción es la *estrategia*, aquella en donde el sujeto, con voluntad o no, forma parte de las relaciones delimitadas por un poder, respeta sus discursos. El lugar de la *estrategia* puede ser “objetivado”, en la medida

en que puede manejarse analíticamente como una especie de átomo.

De Certeau toma de Foucault este tratamiento del lugar como un ensamblaje físico que elabora un lugar teórico, sistemas y discursos totalizadores con la habilidad de transformar la historia en algo legible, la práctica panóptica. Se trata de observar, contabilizar y controlar desde un rango de visión.

Alcanzamos a ver este fenómeno claramen-

te en la inscripción de la ciudad colonial, la cual justamente procuraba centralizar sus poderes y alrededor de éstos, a la población, y era el eclesiástico el que convocaba la concentración. La ciudad de Alajuela no escapa de esta estrategia, la cual termina de consolidarse en el S. XIX con la ideología liberal.

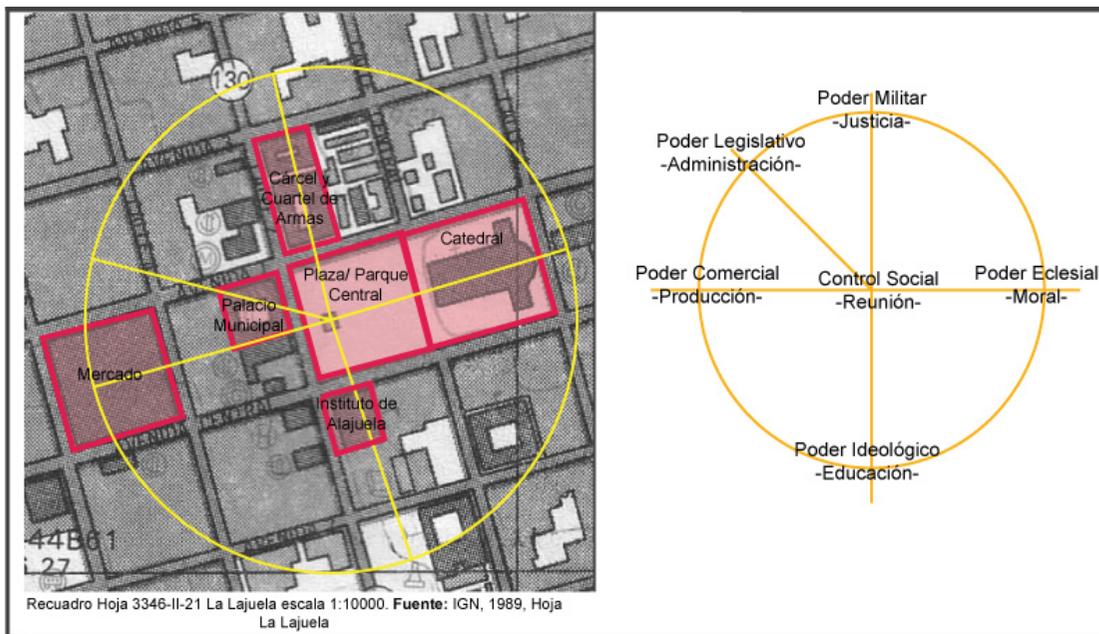


Figura 1. Núcleo generador de la Ciudad de Alajuela S. XVIII – S. XIX

Esto supone que el lugar tiene una lógica: la propiedad de lo apropiado que desarrolla un capital, un cuerpo que le permite reproducirse al colocar ciertos elementos por encima de la sociedad, como el conocimiento.

Tal cuerpo (de conocimiento, es decir, el discurso) debe ser escrito, de manera que pueda considerarse como una sabiduría digna de convertirse en “ley”, y, de esta forma, organizar el espacio (social, físico, administrativo, simbólico...).

La credibilidad de un discurso es lo que primero hace a los creyentes actuar de acuerdo con éste. Produce practicantes. Hacer a las personas creer es hacerlos actuar. (...) es la habilidad de hacerlos actuar -al escribir y crear cuerpos- lo que les hace justamente creer. Porque la ley está ya aplicada con y sobre los cuerpos, “encarnada” en prácticas físicas, puede acreditarse y hacer a las personas creer que habla en el nombre de lo “real”¹. (De Certeau, 1984, p. 148, traducción nuestra)

Pero el discurso se vuelve creíble en la medida en que ha sido capaz de, astutamente, ocultar el aparato social y técnico que lo produce. Es una empresa colectiva jerarquizada que responde a una realidad socio-económica y socio-cultural (De Certeau, 1995). Conforme más capital se acumule, mayor capacidad tendrá de establecer el orden, ya sea sobre un espacio propiamente físico o sobre tal jerarquía social.

Así, la historiografía es justamente aquel conocimiento que permite concretar una realidad sobre un lugar, incluso por encima del tiempo, aunque parezca contradictorio.

En la medida en que se coloque el pasado como una unidad que formaliza el progreso social, físico, legal y demás de un pueblo, el tiempo se vuelve simplemente un código desde el que se regula la realidad, desde el que se la observa objetivamente.

Con esto De Certeau no rechaza la práctica científica, como bien lo menciona Weymans (2004), sino esa incesante búsqueda de la ciencia moderna por una realidad única y totalizadora, que universaliza la condición del Otro al reducirla a un solo lenguaje oficial, que bien puede ser el de la historia.

Esta historia es una construcción que, en sí misma, implica teorías y conceptos ordenadores de la realidad que pocas veces colocan a su narrador, el científico social, como parte de un contexto, como una mirada que analiza desde un tiempo y lugar determinados que le afectan. El pasado será inaccesible siempre para nosotros, al menos como unidad original, tanto para la Historiografía como para la Antropología, especialmente cuando muchos de los instrumentos conceptuales y metodológicos pretenden trascender la historia misma. Esto significa que a través de los conceptos tratamos de revelar una historia que no hemos sino recolectado desde elementos individuales, sean estos de personas o documentos. Son, finalmente, fragmentos de una realidad (Weymans, 2004).

Se vuelve particularmente importante esto en términos del patrimonio, dado que muchos de los monumentos, inmuebles, lugares y demás representaciones materiales que son conservadas, viven y se mantienen bajo una apreciación del pasado que es parcializada y construida. Su historia se ha reinventado desde la ruina y los fragmentos (tal y como lo hace la Arqueología), y con Carlos Fortuna decimos también que no se puede despreciar este patrimonio sólo por contener en sí mismo este vacío e, incluso, por-

1 La cita textualmente dice: The *credibility* of a discourse is what first makes believers act in accord with it. It produces practitioners. To make people believe is to make them act. (...) the ability to make people act -to write and to machine bodies- is precisely what makes people believe. Because the law is already applied with and on bodies, “incarnated” in physical practices, it can accredit itself and make people believe that it speaks in the name of the “real”.

que su significado, función e interés inicial han sido transformados, y porque, en muchos casos, ha sido destituida su capacidad para estructurar las *estrategias*. Además, dado que el patrimonio no puede por sí mismo re-construir un pasado colectivo en unidad, debe perpetuarse “a través de sus interpretaciones del presente, puesto que perdió la “materialidad estructurante” (Fortuna, 1998, p. 66), esa por ejemplo de los edificios que evocaron la supremacía panóptica a la que se refería De Certeau al citar a Foucault.

Acá es donde De Certeau evoca la voz del Otro, del “hombre ordinario”, aquel que se reapropia de los sistemas comunicativos que mencionábamos anteriormente. Son las formas en que usuarios/os transforman los productos que les llegan del discurso para hacerlos suyos y deteriorar las relaciones sociales implícitas en él. Supone que logra realizar acciones dentro del marco del lugar de lo apropiado, de lo discursivo aprovechando las oportunidades que se le presentan dentro de un sistema de relaciones que han pretendido ya el lugar que a cada quien le corresponde. Son acciones banales, según algunos, porque son acciones que se consideran pequeñas y volátiles frente a la estructura discursiva en la que se desenvuelve.

Justamente lo que espera De Certeau es que tales tácticas no sean tomadas como categorías objetivas, dadas por la realidad como una especie de desviación inconsciente. Se trata de operaciones cambiantes que pueden tener su lugar en la teoría. Es tomar la narración del “hombre ordinario” y tomar lo que dice como lo que es, sin esperar que escondan una especie de misterio. La memoria de esta narración vive en la medida en que se le revela en un momento determinado, existe en el presente, y este retorno del pasado al presente sólo se puede realizar cuando nos observamos como interlocutores. Así, no sólo escuchamos e interpretamos, sino que también formamos parte de una acción recíproca donde somos sujetos del relato, vivimos

una experiencia del tiempo cuando revelamos lo que otro sujeto nos dice de su práctica cotidiana (De Certeau, 1995).

Lo interesante de su análisis está justamente en su intención de desvestir los momentos en que los sujetos convierten una retórica discursiva en una oportunidad, es decir, en un relato que refleja las formas de operar en la cotidianidad. Una de estas operaciones es el uso del espacio, la forma en que las/los usuarias/os articulan lugares de acuerdo con una intención: memoria, función, rito...

Podemos afirmar que el discurso histórico de muchos informantes será, entonces, producto hoy de la construcción de una ideología que se nos ha transmitido a través de diversas instituciones, pero que tiene matices que crean relatos. Aunque inducido el discurso, el relato puede ser aquella oportunidad donde observamos los elementos sustantivos que alimentan una identidad. Asimismo, hoy este relato se colocará en una relación dialógica con los nuevos discursos y los nuevos sentidos de la historia, ya sea que estén representados en los espacios o en la práctica académica.

Augé (2001) nos recuerda que las culturas no son totalidades, y tampoco lo serán las historias escritas sobre ellas; porque la cultura por su propia naturaleza implica transformación, nunca podrá estar completamente acabada. El papel de los individuos no podrá ser pasivo de manera alguna, ya que expresará desde distintos ángulos el vínculo social, y su lugar no puede ser asignado porque pueden jugar en distintos lugares, en distintas realidades.

A su criterio, la invocación del individuo tan explícita en el estudio de las culturas como representación de la historia colectiva, se debe a que la nueva condición de la sobremodernidad. Esta implica un aceleramiento del tiempo que ha terminado por replegar el lugar que tenía la historia como coyuntura para darle sentido a las identidades.

nunca las historias individuales han tenido que ver tan explícitamente con la historia colectiva, pero nunca tampoco los puntos de referencia de la identidad colectiva han sido tan fluctuantes. La producción individual de sentido es, por lo tanto, más necesaria que nunca (Augé, 2001, p. 43).

De ahí que lo significativo para comprender los relatos del otro cercano está en recuperar los sentidos de esta memoria para responder nuestras inquietudes, con los lugares y los espacios de la ciudad.

El lugar es aquel de la identidad que hace referencia a una historia, a prácticas, las acciones cotidianas y ordinarias que establece De Certeau, y que coexisten con un cierto orden o jerarquización, pero también se desplazan dando pie a “travesuras” y estrategias. Es un lugar antropológico que posibilita los recorridos de la memoria para sostener los referentes de la identidad y expresado por un lenguaje característico.

Con el planteamiento de Augé buscamos observar esas modalidades particulares de la memoria; los sentidos que ofrecen distintas formas de los relatos; hacia dónde y cómo se remonta al pasado desde el presente.

Exploramos la narración de cada informante sobre cómo se ha vivido en un lugar, cómo se interpreta y cómo se proyecta comunitariamente. Será también un relato fragmentado, con contradicciones y tensiones, con vacíos y juicios de valor, pero es el relato de la cotidianidad que hace una historia subjetiva que se colectiviza.

Se trata de una memoria que sabe o piensa el pasado, dice Augé (2001). No lo conoce, ni lo ha visto, seguramente ni lo ha vivido presencialmente, pero su enunciación en el presente es lo que vale como objeto para el antropólogo. La antropología se extraña ante el mundo cer-

cano que le rodea, sin que esto implique objetivarlo. Nos acercamos a nuestro propio mundo con ojos lejanos y luego volvemos a él reflexionando sobre nuestro propio papel como investigadores, y como interlocutores de un relato que se nos presenta.

Este es un reto que auguraba Marc Augé cuando se presentaba la discusión sobre el papel de la disciplina antropológica entre otras ciencias sociales, ante nuevas realidades donde la organización del espacio terrestre cambia rápidamente, y con esta, los referentes de la identidad (Vermeren, 2007). En su planteamiento, la Antropología busca primeramente comprender la alteridad, como esa relación primigenia y embrionaria de unos con los otros, y esta incluye al científico social mismo, porque también crea un relato (o un discurso) sobre el espacio en el que interactúa.

De ahí que la contemporaneidad cercana se vuelve hoy un objeto más del estudio de la Antropología, por no decir necesaria, en la medida en que “hay aspectos de la vida social contemporánea que pueden depender hoy de una investigación antropológica” (Augé, 2001, p. 23), como son los nuevos fenómenos urbanos, las culturas calificadas de “subalternas”, las relaciones humanas corporativas, las estrategias de mercado, entre muchos otros. El método en la Antropología privilegia el ingreso a las culturas desde una óptica de tolerancia, y de ahí que permita allanar el terreno para introducirse en nuevos campos de investigación.

Analizar los relatos no es tarea nueva en esta ciencia social, sean los de los documentos o los de los informantes, el del mismo etnólogo con su diario de campo, cuya tarea ha sido comprender la cultura a través de todos estos registros.

Los relatos en los espacios y lugares de la ciudad de Alajuela

(...) qué bonitos recuerdos ¿verdad?, cuando se recuerda uno de lo de antes es bonito, es que cuando uno ya está mayor vive de los recuerdos, cierto, cierto, porque con lo que hemos visto comienza uno a recordar todo eso, es bien bonito, uno va pasando y va pasando y vive de recuerdos y es tan lindo, cuando estaban los hijos pequeños, lo que hacían y todo, y luego vinieron los nietos, los bisnietos, dice Eny mirando al techo, como si cada evento de sus 74 años retornara de repente a su memoria, y nos repite que ella nos puede contar muchas cosas más de su vida, y de la “vida de antes”, donde hay “cosas buenas y cosas malas”.

¿Es acaso esta nostalgia por el pasado una ilusión perdida, una frustración por los tiempos que ya no son? Solemos escuchar de los mayores sus añoranzas por volver a lo de antaño, donde todo pasaba tranquilo, donde se ufanaba la identidad, donde se respetaban las edades...

Estamos lejos de esta consideración, tal nostalgia nos pone en perspectiva sobre la importancia que cada sujeto tiene como protagonista de una historia, la propia y la de un pueblo, la importancia de cómo dejar la huella sobre el mundo a través del conocimiento que cada uno tenga sobre éste, y mucho de este conocimiento se basa en la experiencia cotidiana. Es la expresión del propio “discurso” sobre nuestra relación con el espacio y con el tiempo.

¿No podríamos decir lo mismo de la Arquitectura o de la Historiografía? Efectivamente, la conservación de un patrimonio procura elevar la memoria, discursiva o no, a un rango que le permita perpetuarse en el tiempo; en muchos casos procura generar un cargo de conciencia en sus usuarios y espectadores para definir su importancia en este contexto espacio-tiempo. Jean Nouvel nos expresa que este deseo de perpetuar un elemento arquitectónico como una

conmemoración se debe a la dificultad de la naturaleza de lo construido, ya que su principal propósito es satisfacer necesidades. La arquitectura está destinada a ser vivida, sí, pero en su mayoría podrá ser olvidada (Baudrillard y Nouvel, 2006).

Así, el discurso de la historia tiene su protagonismo en la medida en que puede servir como cuerpo ideológico que le da permanencia a los espacios físicos en el tiempo. Pero lo hacen también los relatos, los cuales además tiñen cada espacio con vivencias y recorridos inexplorados por los discursos. Su diferencia, fundamental, reside en que los relatos pueden ser variados, innumerables, intangibles y, en cierta medida, irre recuperables si no se los coloca en el presente, si no se los recopila. Su permanencia depende de la vida misma de cada sujeto.

A continuación se presentan solamente un extracto de los relatos recuperados durante la investigación, y en su mayoría están muy relacionados con la memoria pasada, que hacemos relucir en el presente.

Itinerarios y transiciones perceptivas

Para De Certeau (1984), los trayectos de la ciudad de las actividades diarias, suelen comprenderse mejor desde quien los camina, el transeúnte. Este puede experimentar el orden espacial y jugar en él, ya sea tomándolo como un todo simbólico, por ejemplo al referirse a la ciudad entera, o cuando se refiere a una parte, sea a un barrio, o a una serie de fragmentos que pequeños o grandes, y usualmente desconectados, se acumulan como piezas de museo.

Cuando recuperamos los relatos, pretendemos distinguir las funciones y usos de los lugares de la ciudad en el ambiente cotidiano de quienes vivieron diferentes fases o etapas de la ciudad, distintos presentes que hacen referencia a esos movimientos sobre el espacio que suelen pasarse por alto por la fuerza de la costumbre.

Igualmente, cada etapa temporal de las/los informantes significa una relación distinta con la ciudad (niñez-juventud-adulthood-adulthood mayor). Se exploran nuevos espacios, o se cambia la forma de verlos. Una experiencia de vida muy subjetiva, puede indicar desde un ideal distinto sobre los espacios hasta una contraposición simbólica, pero además hay algunas de estas situaciones personales que son de alguna forma comunes, en donde se comparten símbolos y funciones, necesidades y usos, de manera que cada cambio indica no sólo la nueva relación con el espacio, sino también con nuestra comunidad. La vivencia del cambio, de esta confrontación pasiva, es el encuentro con el “Otro”, desde donde evocamos nuestra identidad.

La sensación de la vida en Alajuela, hasta hace unas décadas, era de serenidad, aunque siempre de ciudad con movimiento, y a la vez tranquila, pequeña. Bastaba con sobrepasar el gran cuadrante que rodea la ciudad para encontrarse con un “ambiente rural”, ríos y pozas, cafetales y potreros. Diariamente se presentaba algo que concentraba a los pueblos aledaños en este centro. Los domingos con la feria de los cerdos en el parque cementerio. Los lunes con plazas de ganado en la Plaza Acosta, frente a la escuela Ascensión Esquivel, y entretenían a Sergio porque “incluía escapadas de novillos y toros por las calles de Alajuela y hombres a caballo persiguiendo, entonces era divertidísimo y muy propio de Alajuela”. El resto de la semana la plaza volvía a recibir los juegos y las mejengas. Los martes la plaza del dulce, donde carretas y boyeros venían en caravanas desde los distritos y cantones con dulce para vender, y que podríamos ubicar en Barrio Cristo Rey, en lo que hoy es el parque Cementerio y frente a lo que actualmente es la estación de buses del Pacífico... ¿y los miércoles? la feria de la leña, frente al costado este del parque cementerio.

Con la llegada de las carretas, venían también los caballistas con sus familias a efectuar

los intercambios y también a llevar los mandados. Así que sus animales los guardaban en el sesteo del señor Pío Poll en el Carmen. Dice Guillermo Villegas que

todo eso traía plata, todo el que venía a vender compraba para llevar a sus casas, al campo, y yo recuerdo que muchas de esas que venían llegaban a la esquina cantina de don Juvenal Guardia, pedían unas cervezas negras, le echaban un poco de polvo de queso y le echaban un huevo y se lo tomaban, casi todos venían con un pañuelo amarrado en el pescuezo, hasta que ya más para abajito habían unas mujeres que llaman de la vida alegre, entonces ya aprovechaban la venta del dulce o de lo que fuera para venir a pasar un rato bonito, cuando una señora muy estirada tenía una tijereta muy limpia, pero para que esos viejos no le ensuciaran la cama les ponía medias de fútbol, cuando se iban se las quitaban y se iban para la cantina de don Juvenal a la cerveza negra con su huevo y su queso rallado.

Poco conoció Federico a lo largo de sus 27 años de esta vida. Él frecuentó y jugó en el parquecito frente al Parque Juan, conocido como el Parque de Niños, por lo menos desde que dejó de ser la plazoleta de la Estación del Ferrocarril al Atlántico, que conocieron Eny y Sergio años antes. Para cualquiera de los tres, en diferentes formas, era el lugar para divertirse, especialmente si se asistía a una escuela del centro de la ciudad o si se vivía cerca. Como parque tenía un carro de bomberos viejo que hace bastante tiempo tuvo que ser removido porque empezó a ser desmantelado, además de parecer amenazante por la corrosión que sufría. Su nombre se ofreció en honor a don Calían Vargas, un personaje alajuelense, que animaba a la comu-

idad, hace unos 70 años, y que para celebraciones diversas hacía mascaradas; “Vieras qué bonito, con cimarrona y de todo, por todas las calles de Alajuela” y que durante la semana santa preparaba la quema de Judas.

Todo desde la plaza que estaba junto a la estación, esa misma que luego se transformó en parque, recuerda Eny. Allí también jugaba ella con sus amigas, “las chiquillas ahí de ese barrio” (Barrio El Carmen), después de la escuela. Pero una vez al mes, la emoción venía sobre la línea férrea, por los carros de la locomotora donde “traían racimos de banano para darle a la gente, y entonces yo iba a hacer fila para que me dieran banano. Ese es un recuerdo muy bonito. Que regalaban racimos de banano a todo el que llegara a hacer fila le daban, fuera rico o pobre le daban”. Pero dice Sergio, eso no era todo, de allí salían “los primeros negros que conocí”. Muchos venían de turistas y era un espectáculo verlos pasear por la ciudad “con sus vestimentas y sus cosas de más colorida, que era llamativa”, pero, concluye Eny, “de lo más lindo”.

Si no era a las plazas, podían ir a jugar a los cafetales. Eny cuenta que todavía sus hijos e hijas pudieron disfrutar de esto, “uno les hacía un bocadito de comida ahí se iban felices todos los chiquillos del barrio”. Especialmente iban a los cafetales que quedaban cerca de su barrio, donde hoy se encuentra Plaza Ferias, “pero no había peligro como ahora, a un cafetal ni loca dejo ir un chiquillo ahí, pero antes se iba y no había peligro”.

Luego en Alajuela se abrieron las puertas del Alajuela Country Club, unas piscinas que para Jorge eran las preferidas porque “estaba dentro de Alajuela y muy cerca de nuestro barrio” (Barrio Cristo Rey). Sin embargo, este centro no estuvo activo tanto tiempo como el Ojo de Agua, que funciona todavía.

¿Y qué se disfrutaba a diario? El helado de palito en la esquina de Chepe Espinoza, en los bajos del Centro Internacional, donde todos

los días al salir de la escuela se pasaba por allí. Don Chepe conocía a todos, y era el lugar para conocer a todos. Mercedes nos cuenta su experiencia allí, cuando se vino de San Ramón a vivir a Alajuela a la edad de 15 años: “... esa era la esquina de Chepe, el tenía su puestito ahí, entonces conocí a todo mundo, me acuerdo que cuando me vio me dijo ésta chiquita no es de aquí ¿verdad?, y yo era no... porque uno no se sentía de ahí todavía, seguro por los colores porque como uno era de San Ramón seguro se veía más enrosado (se ríe)... con los pies más fríos...”

Este es un lugar de encuentro comunitario, ya desaparecido, mencionado por diferentes informantes de varias generaciones. Por el relato, parece que resultaba evidente que Mercedes no era de la zona, probablemente porque “Chepe” conocía a casi toda la comunidad; pero ella hace una referencia a su apariencia física distinta del alajuelense, una percepción muy intangible de cómo el frío se refleja en su aspecto físico.

Además, fin de semana o entre semana, estaban los salones de baile. Existieron varios, unos más transitorios, como el Salón El Hogar, que se ubicó al costado norte del Mercado Central, y el Salón del Alajuela Country Club. Otros fueron más permanentes, incluso uno funciona hoy (Centro Internacional) con un perfil de salón de eventos. Jorge y Mercedes comentan que los salones de moda eran La Liga y el Internacional, y entre ellos había una diferencia. El Centro Internacional era el de “la gente de bien”, mientras que en el Salón La Liga era para las personas de menos recursos. “El Internacional era de más prestigio que la Liga”, comenta Mercedes, “y estaban a la par (se ríe) qué vacilón verdad (...) porque en la Liga se bailaba más movido, entonces los que sabían bailar se metían a la Liga, bailaban el bolero y el marcado...”

Pero no había nada, por lo menos para los muchachos de todas edades, como el Estadio (Morera Soto), en donde muchos tenían definido su lugar, por lo menos los que iban regu-

larmente. Como experiencia de infancia Federico dice que “*era totalmente emocionante... era además de rigor comprarse uno o dos pastelillos de papa y una coca cola...*”, una vivencia similar a la de Jorge, quien quizás unos 20 años antes, debía colarse para tomar el lugar en un puesto de preferencia probablemente de algún asistente que podía pagar las entradas con mayor frecuencia. Por eso asistió más cuando era niño: “cuando era chiquillo iba a ver los partidos de La Liga, porque los chiquillos entraban gratis, pero lo que se compraban eran sándwiches de frijol o de huevo”. Hoy abunda la comida rápida, pero se pueden observar todavía los pastelitos de papa, el patí limonense y algunos sándwiches circulando por las graderías, me cuenta Armando², y quizás ya no se respetan los campos (excepto los de la barra conocida como La Doce), pero hay siempre un sector donde se sientan los regulares, con los que se comparte la experiencia del fútbol, y las chichas de “Sufridito”, porque no pueden faltar los apodos. En general, trasciende con los años un sentimiento de comunidad.

Más estaba lo de diario, lo cotidiano, como el mercado central que ha sido siempre un punto de encuentro, inicialmente comercial; pero una vez que se establece una rutina, se escogen los chinamos de preferencia, nace una referencia distinta, un vendedor con el que se conversan temas de actualidad, al que se le pide el descuento, el que le guarda lo mejor... Cosa obligada para los niños es acompañar a los adultos a este lugar, y así lo hacía Federico:

el mercado me parecía sumamente intrigante, pero además era muy oscuro, infundía terror (se ríe)... íbamos al mercado a comprar tortillas, eso sí me acuerdo, se compraba por colones, cien colones

de tortillas, algo así era... me acuerdo cuando iba con mi abuelo a comprar naranjas ahí por el mercado, que pasaba un carro, y el periódico, como decir a las cinco de la mañana nos levantábamos a ir por el periódico ahí en la esquina de Llobet, a comprar el periódico, siempre lo comprábamos ahí, igual las naranjas era por ahí...

Igual que el mercado, aún hoy el Parque Central convoca a los “grupos tradicionales de conversadores del parque”, a los parqueros, que menguaban al terminar la tarde, excepto los días de retreta, las noches de los jueves; y, al final, esto es así porque el parque central ha sido comúnmente el punto de encuentro. Todos los informantes, excepto el joven Federico, coinciden en que antes “la recreación consistía en salir los domingos en la noche al parque de Alajuela. Era ir a dar vueltas al parque y sentarse en un poyo. Después ir a la Torcaz a comer helados”, narra Jorge. Para él esto es natural, la atracción del Parque Central,

la ciudad de Alajuela funcionó durante mucho tiempo y por una época alrededor del parque central de Alajuela, y las actividades comerciales y culturales y sociales estaban cerca del centro, digamos que el centro de gravedad de Alajuela era el parque (...) el corazón que tuvo Alajuela era un corazón fundamentalmente comercial, aunque por supuesto desarrollaba actividades culturales y sociales, digamos que eso que se hacía en el parque de Alajuela era un espacio en el cual uno podía ir a socializarse con otras personas y desarrollar algún tipo de actividad cultural.

2 Este no es un informante clave, la información utilizada fue recopilada en una conversación informal sobre sus experiencias en el Estadio Morera Soto, como socio que asiste regularmente.

Esta referencia al corazón lo hacen varios informantes a través de un cuestionario. Para unos es el Parque Central, para otros el parque junto a la Catedral y los menos han hecho referencia al parque y “todo lo que está alrededor”.

Como epicentro, el Parque Central no sólo se prestaba para contar los cuentos, sino también para emparejarse, desdeñarse y algunos encontrarse furtivamente. “Los hombres van para un lado y las mujeres para el otro. O sea, se topaban las parejas. No como ahora que no se ve nada en el parque. En ese tiempo los hombres caminaban, las mujeres a la derecha y los hombres a la izquierda y se iban dando las vueltas y ahí conocí al que fue mi marido, dando vueltas en el parque, o sea que es mi marido...” dice Eny. Con el tiempo esto se ha perdido, pero no significa que no haya este tipo de encuentros en el parque. Jóvenes cruzan diariamente sus callecitas, se topan, aunque ya no sería como cuando Sergio era joven:

(...)el parque central los domingos había retreta, la banda municipal de Alajuela que tocaba su música ahí, entonces toda la ciudad de Alajuela se reunía en el parque central, y entonces ahí era el primer lugar donde se establecía, o donde se empezaba a establecer esa relación entre hombres y mujeres. Las mujeres caminaban, las muchachas, caminaban en un sentido, es decir por la parte dentro de las aceras anchas del parque, ellas caminaban en la parte interior en una dirección, y los hombres caminábamos por la parte exterior en la otra dirección, de manera que siempre nos estábamos topando, entonces ahí comenzaban los flirteos y las cosas, las miradas que se cruzaban, y los copos, que se llamaba. Entonces de pronto uno de la línea de los hombres, que iban en grupos ahí, con los amigos y tal, y alguno prendía y copaba

como decían a alguna muchacha, con la que había estado viéndose en ese juego, en ese cruce de miradas, entonces ya se iban a sentar a un poyo o se iban al interior del parque o bien daban vueltas al parque, las mujeres nunca al lado de los hombres, sí los hombres que copaban entonces del lado de las mujeres, acompañando a las muchachas, ese era como el primer, digamos el lugar de encuentro principal inicial, los chiquillos y las chiquillas en esa cosa.

En el caso de niñas y niños, pasear por el parque tenía una visita obligatoria, subir las escaleritas del quiosco -“si es que eso puede llamarse quiosco”-, establece Federico, para sorprenderse con el ruido que se generaba al brincar sobre el piso, un eco de orígenes desconocidos, donde se reconoce la propia voz, donde se competía con otros que procuraban ganar en decibeles. Pero algo no cambia, en este quiosco todavía vemos a la Banda Nacional de Alajuela que anima las retretas.

Antes los pequeños jugaban en otro quiosco, dice Eny, “un quiosco lindísimo que hubo” y allí se resguardaban también cuando llovía. Si no era un helado de Chepe, pues entonces se iba a la Torcaz, que “era una ventanita pequeña donde vendían conos, y había que hacer fila hasta la calle para poderse comer un cono. Después una heladería muy famosa porque todo mundo iba a la Torcaz y ahora no va nadie, porque como ahora salió la POPS, la coca y la Mc’donalds y todas esas ya la Torcaz no va la gente, diay todo ha cambiado...” Si no se podía ir al Parque Central, pues entonces los paseos eran al Parque Juan.

En medio de los dos parques estudiaban los jóvenes que asistían al Instituto de Alajuela, quienes visitaban estos espacios durante los recreos. Una vez por semana recibían educación física, y usaban la piscina que se encontraba detrás del colegio, justo a la par del salón de actos

(hoy Teatro Municipal). La piscina fue demolida y hoy encontramos allí un parqueo que nos deja ver hacia el interior del colegio.

Como ahora, durante las noches no se sentía la actividad, pocas personas rondaban la ciudad, algunas se reunían alrededor de La Hiedra, un bar con pooles que hasta hace unos años fue sustituido por una tienda. Fácilmente desde el parque se podía ver hacia adentro, pero el edificio es de 3 pisos, y algo tentaba a mirar hacia arriba, y solapados por nubes de humo, los hombres sostenían los tacos de billar.

En medio de esta cotidianidad, y en diferentes momentos, todos los informantes coinciden en una cosa: su infancia en Alajuela la disfrutaron, y, por eso, la resguardan con cariño en su memoria. Mercedes no la saboreó acá, sino en Miramar y San Ramón, pero comparte este sentimiento. Para Federico fue un poco diferente, ya que vivió en unos apartamentos frente al parque Juan, y no lograba salir mucho a la calle porque a su edad el tránsito podría ser peligroso. Así que sus visitas se limitaron al Parque de Niños, cosa que le agradaba mucho, pero una vez que se pasaron a un condominio fue mejor,

entonces era más como estar dentro de la casa, digamos que la etapa como que más me gustó fue cuando ya nos pasamos al condominio, porque era muy seguro, con gran espacio, se podía andar en bicicleta, había piscina y había mucha gente como de mi edad entonces era como un grupo de amigos muy muy grande, después como del 89, antes de eso... partir del 89 sí podría decir que hay como una infancia muy bonita. Sergio, Eny y Jorge pudieron hacer esto mismo, sólo que sobre las calles de la ciudad.

Tanto para Jorge como para Sergio, Alajuela se caracterizaba por ser una ciudad tranquila, con poco movimiento de motores. Esto le per-

mitía a Sergio salir a la escuela todos los días caminando o en bicicleta. Incluso Jorge iba a la Escuela Guatemala caminando desde San Martín. A ambos esto les generaba mucha felicidad, y para Jorge la infancia fue la esencia de la libertad.

En el caso de todas las y los informantes, su colegio también estaba en la ciudad de Alajuela, y una vez concluido este periodo, para algunos implicó pasar a la universidad y con esto enfrentarse a un contexto diferente, aunque ya conocieran San José previamente. En su infancia, las salidas a San José eran un paseo para el que había que vestirse de domingo, dice Sergio, con sombreros de frutas de moda; para Eny era la emoción de subir en el tranvía.

Pero ahora era abrirse a San José para estudiar y convivir con la capital periódicamente. Mercedes encontró un grupo de alajuelenses con los que se acompañaba en los regresos, pero comparte con Jorge que era un mundo extraño, de alguna forma, y que no había mayor placer que regresar a Alajuela, fuera de noche o de día, “y entonces para mí era la capital del mundo, de veras sí, yo la veía bien bonito, y es lo mismo que ahora, se va uno de aquí todo un sol radiante y fresquito y llega allá y se está muriendo de frío, en San Pedro, eso es lo mismo” cuenta Mercedes. Para Jorge

cada regreso de San José era como ir a un remanso de paz y tranquilidad, tenía esa sensación para mí, especialmente cuando regresaba de noche y especialmente la parada de las busetas era en el parque de Alajuela, en el costado sur del parque, entonces cuando uno venía entrando por ahí, esa llegada a Alajuela era una llegada así placentera, era agradable, se sentía... de verdad se sentía... eso a pesar de que San José no era una ciudad tan convulsa como es ahora...

Los relatos nos muestran cómo se imagina la ciudad, cómo se representa en la contemporaneidad, con adornos, fantasmas, eventos... (Silva, 1992) así sea en momentos distintos. Lo que rescatamos en ellos es lo que nos exponen sobre la ciudad de Alajuela en un pasado que vive aún en las/los informantes.

No hay patrimonio sin relato

Conforme observamos los relatos sobre la vida en Alajuela, sobre el pasado que revelamos en el presente, vemos pasar lugares y espacios hoy ausentes, y confirmamos otros que hoy se mantienen y se protegen han sido protagonistas permanentes de la vivencia cotidiana; son amados, diría Nouvel. Lo que parece claro es que la trayectoria de los espacios de la ciudad ha rondado el centro, entre los límites de los barrios y las colindancias del parque central, lo que nos enseña que este puede ser considerado un centro histórico por definición, no sólo desde su proyección arquitectónica e histórica, sino también de sentido.

Es así como las artes de lo cotidiano que nos muestra De Certeau se ven reflejadas en la construcción que quienes viven en la ciudad de Alajuela hacen. La constituyen de aquello que les crea no sólo sentimiento, sino una representación simbólica que da muestra de una identidad y de un reconocimiento colectivo.

La historia como elemento formal no se reproduce en el discurso como un componente significativo de lo que construye la cotidianidad y por ende el sentido, sino que es la experiencia diaria con los espacios y con las personas que formulan en común lo que es importante para mantener su identidad. Esto no significa que no existan hechos históricos formales que se multiplican en el seno de la cotidianidad, pero es justamente en este ambiente donde se vuelven importantes o descartables.

Por otra parte, en la medida en que nos re-

ferimos al patrimonio, debemos considerar esa dimensión en donde buscamos como proyecto común perpetuarnos colectivamente, heredar estos relatos a los que vienen, interpretar los símbolos que valen para continuamente dejar ver el pasado en el presente y que forme parte entonces de la vivencia de todos. De ahí que fuera importante considerar estos sentidos para efectuar una conservación más integrada de la expresión material de la historia y de la arquitectura, de manera que se les permitiera a estos espacios hoy ausentes convivir con la dinámica de los alajuelenses.

Proteger un edificio, un espacio, un monumento o una manifestación intangible es también la reproducción de una expresión cultural de la identidad.

Referencias Bibliográficas

- Augé, M. (2001). *Los "no lugares": espacios del anonimato. Una antropología de la sobre-modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Baudrillard, J.; Nouvel, J. (2000). *Los objetos singulares. Arquitectura y filosofía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- De Certeau, M. (1984). *The practice of everyday life*. Berkeley: University of California Press.
- De Certeau, M. (1995). *Historia y Psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fortuna, C. (1998). Las ciudades y las identidades: patrimonios, memorias y narrativas sociales. *Alteridades*. 8 (16). [En Red], Disponible en: http://www.uam_antropologia.info/alteridades.html [Consultado el 29 de septiembre de 2006].

Instituto Geográfico Nacional. (1991). Hoja 3346-II-21 *La Lajuela*. San José, C. R.: Imprenta Nacional.

Litmanovich, J. A. (1997). A un texto, una invención. *Historia y Grafía*. Enero-Junio. Hemeroteca Virtual ANUIES [En Red], Disponible en: <http://omega.ilce.edu.mx/bibdig/sites/hemero/home.htm>. [Consultado el 29 de septiembre de 2006].

Vermeren, P. (2007). Marc Augé, dentro y fuera del subte. *Revista Ñ*. Abril. Argentina. [En Red], Disponible en: <http://antropologicas.wordpress.com/2007/04/07/marc-auge-dentro-y-fuera-del-subte> [Consultado el 21 de enero de 2008].

Weymans, W. (2004). Michel de Certeau and the limits of historical representation. *History and Theory*, (43), 161-178.